

ESBOZO DE UNA TEORÍA DE LA VIOLENCIA EN MEDIO DE LA GUERRA CIVIL

Stathis N. Kalyvas

Aunque diferentes, la violencia étnica y la guerra civil son dos fenómenos relacionados que concitan un interés cada vez mayor, producto de dos situaciones políticas: en primer lugar, la disminución de las guerras entre Estados y el incremento concomitante de las guerras civiles¹; y en segundo lugar, la reducción de las guerras civiles codificadas como “ideológicas” (o de clase) y el aumento asociado de conflictos codificados como étnicos². Un número considerable de investigaciones actuales y recientes sobre el tema concentran su atención en las causas de las guerras civiles³; en su terminación⁴; así como en aspectos posteriores a la guerra civil, incluyendo entre estos temas el mantenimiento de la paz y la reconstrucción⁵. No obstante este importante cuerpo de literatura al respecto, nuestro conocimiento de la

dinámica de la violencia en la guerra civil continua siendo bastante precario.

Propongo un marco teórico general como punto de partida para el análisis de este fenómeno que, con contadas excepciones, se define como incomprensible y, antes que a la investigación empírica, se relega al ámbito de la reflexión normativa. Mi análisis parte de cuatro diferenciaciones conceptuales, a saber: entre “violencia” y “conflicto violento”; entre violencia como una consecuencia y como un proceso; entre violencia en tiempos de paz y en tiempos de guerra; y, por último, entre cuatro tipos de violencia que tienen su fundamento en la convergencia de dos criterios: si los actores políticos “violentos” pretenden gobernar a aquellos contra quienes utilizan la violencia, y si la violencia se produce de manera unilateral, o no. A continuación, planteo un modelo elemental de la violencia en la guerra civil, analizo las hipótesis acerca de la

diversificación espacial de la violencia en las guerras civiles y analizo ejemplificaciones empíricas. Para concluir mi análisis, me refiero a un proyecto de investigación que pretende comprobar las hipótesis que propongo. La implicación más significativa de este ensayo es que la percepción generalizada de la violencia en la guerra civil como un proceso aleatorio, caótico y anárquico (como en un principio lo sugirieran Tucídides y Hobbes), o como un fenómeno que con mayor precisión (o casi con exclusividad) se podría analizar desde la perspectiva de las pasiones y de las emociones, no tiene validez alguna.

El estudio de la violencia en la guerra civil

En su gran mayoría, las investigaciones sobre las guerras civiles han pasado por

¹ David, Steven R. Internal War: Causes and cures en: *World Politics* No. 49, 4 , 1997, pp. 552-576.

² Brubaker, Rogers and David D. Laitin. Ethnic and Nationalist Violence en: *Annual Review of Sociology* 24, 1998pp 243-252.

³ Fearon, James D. y David Laitin. Weak States, Rough Terrain, and Large- Scale Ethnic Violence since 1945. Paper prepared for delivery at the 1999 Annual Meeting of the American Political Science Association, Atlanta, Ga, 1999.

Collier, Paul y Anke Hoeffner. Greed and Grievance in Civil War. Paper presented at the World Bank-Center for international Studies Workshop en: *The Economics of Civil War*. Princeton University. March 18-19, 2000.

⁴ Walter, Barbara. The Critical Barrier to Civil War Settlement. *International Organization*. 51:3, 331-360, 1997.

⁵ Licklider, Roy. The Consequences of negotiated Settlements in civil wars, 1945-1993 en. *American Political Science Review* 89, 3.681-690, 1995.

alto la cuestión de la violencia. De manera explícita o implícita, la mayor parte de estos estudios (es decir, como estudios sobre la revolución o sobre el conflicto étnico⁶) se han concentrado en las causas⁷, en la terminación de la guerra civil⁸, en las consecuencias políticas y sociales de la guerra civil⁹, en los factores determinantes del éxito o del fracaso de los alzados en armas¹⁰, y en las motivaciones individuales y grupales que sustentan la rebelión¹¹. Uno de los aspectos más significativos (sino el más importante) de la guerra civil, la violencia contra (y entre) la población civil, no ha merecido la atención debida. No obstante y a partir de Tucídides¹², observadores y participantes por igual han hecho hincapié en la importancia crucial de la violencia en las guerras civiles. De los trece conflictos más funestos de los

siglos XIX y XX, diez fueron guerras civiles, en tanto un alto grado de violencia representó el rasgo característico del 68% de las guerras civiles en comparación con el 15% de las guerras entre naciones.

No obstante, la importancia crucial de la violencia en las guerras civiles no es tan solo una función del número de víctimas que produce. Un aspecto que diferencia la guerra entre Estados de las guerras civiles es que, con frecuencia, en ésta última los civiles son el objetivo primario y deliberado: por lo menos ocho de cada diez personas muertas en las guerras civiles contemporáneas han sido civiles¹³. La descripción que hace Hart¹⁴ de la violencia en la Revolución y la Guerra Civil de Irlanda (1916-23), tiene validez para casi todas las guerras civiles, “La revolución produjo muchas escaramuzas y bajas causadas por los combates; sin embargo, fue mucho mayor el número de personas que murieron sin tener un arma en sus manos, en la puerta de sus casas, en las canteras o en los campos desiertos, asesinadas de un balazo en la nuca por hombres enmascarados. El asesinato era más común que el combate mismo”. Lo que es más, a menudo la violencia en las guerras civiles ocurre entre personas conocidas entre sí y con una larga tradición de interacción pacífica: vecinos, amigos, parientes incluso¹⁵. En ocasiones, las guerras civiles dividen inclusive a las familias nucleares, enfrentando a parientes, aún hermanos y hermanas, entre sí.

⁶ Ranzato (1994) hace un amplio análisis de la ausencia de autonomía conceptual de la guerra civil y de su subordinación a otros conceptos “más poderosos”

⁷ Tilly, Charles. *From Mobilization to revolution*. Reading: Addison-Wesley, 1978.

⁸ Walter, Barbara. Opus cit.

⁹ Rich, Paul B. Y Richard Stubbs. *The Counter-Insurgent State: Guerrilla Warfare and State-Building in the Twentieth century*. New York: St Martin's Press, 1997.

¹⁰ Leites, Nathan y Charles Wolf Jr. *Rebellion and Authority: An analytic essay on insurgent conflicts*. Chicago: Markham, 1970.

¹¹ Popkin, Samuel I. *The Rational Peasant. The political economy of rural society in Vietnam*. Berkeley: University of California Press, 1979. Scott, James C. *Moral economy of the peasant: Rebellion and subsistence in south East Asia* New Haven. Yale University Press, 1977..

¹² Tucídides (III:81) se refiere a la guerra civil en Corcira (una de las islas Jónicas, habitada por los feasios y llamada *Skeria* en Homero. Hoy en día, la isla de Corfú. N.de la T.), como una situación en la cual “la muerte adoptó toda figura y forma. Y, como sucede por lo general en tales situaciones, la gente llegaba a todos los extremos y más allá aún. Los padres mataban a sus hijos; a los hombres se les sacaba a la fuerza de los templos o se les asesinaba en los mismos altares; para ser exactos, a algunos los emparedaron en el tempo de Dionisio y allí murieron” (el subrayado es del autor).

¹³ Kriger, Norma. *Zimbabwe's guerrilla war: Peasant voices*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992. Pág. 1

¹⁴ Hart, Peter. *The I.R.A. and its enemies: Violence and Community in Cork, 1916-1923*. New York: Clarendon Press, 1998. Pág. 18.

¹⁵ Bringa, Tone. *Being Muslim the bosnian way: Identity and community in a central Bosnian Village*. Princeton, N.J: Princeton University Press, 1995.

Pese a su importancia crucial, la violencia continua siendo tema marginal en los estudios dedicados a la guerra civil. Para comenzar, la violencia es un aspecto en extremo desagradable que, con frecuencia, se deja de lado en manos de los periodistas o de los activistas de los derechos humanos. En segundo lugar y debido a las características que le son propias, la violencia es un tema que intuitivamente se adapta a la descripción antes que a la teoría; como consecuencia, pareciera que el tema no ofreciera recompensas adecuadas en el campo académico, en particular si se le compara con otros aspectos de las guerras civiles: su contexto político, su historia política, diplomática y militar; o sus causas macrosociales. En tercer lugar, es bastante escasa la información sistemática y de conjunto sobre la violencia de la guerra civil. Resulta difícil, sino imposible, obtener datos detallados, mientras los cálculos del número de bajas producidas son legendariamente inexactos. Por lo general, hoy en día es labor casi imposible ejercer un control sostenido y confiable, ya sea cuantitativo o cualitativo. En épocas recientes, los intentos de algunas las Comisiones de las Naciones Unidas, de diversas organizaciones no gubernamentales y de “Comisiones de la Verdad y la Reconciliación” de algunos países por recopilar y denunciar las violaciones a los derechos humanos constituyen correctivos que, aunque bien recibidos, son solo parciales. Analicemos el que probablemente ha sido el conflicto civil que ha recibido el mayor cubrimiento de la historia: la guerra de Bosnia. Después de innumerables informes de los medios de comunicación y de las ONG, y de decenas de libros y artículos, todavía no sabemos cuántas personas murieron como consecuencia de este conflicto. Lo más probable es que la cifra de víctimas

fatales más comúnmente mencionada (200.000), sea un cálculo exagerado¹⁶.

Casi de manera exclusiva, los escasos estudios sobre la guerra civil que no pasan por alto el tema de la violencia la abordan como una variable independiente antes que como una variable dependiente. Se hace mayor énfasis en la forma en que se acude a la coerción y a la violencia para lograr resultados particulares (resolver problemas de acción colectiva, generar rebelión, convertir una revolución en victoria, o derrotarla), antes que en la dinámica de la violencia misma. Incluso cuando la atención se dirige expresamente a la violencia, tiende a concentrarse en cuestiones afines, como el sufrimiento de las víctimas¹⁷, la generación de recuerdos de violencias pasadas¹⁸, o los relatos de la violencia¹⁹.

Cuatro diferenciaciones conceptuales

I. Violencia y conflicto

Sintomático de esta indiferencia es el hecho de que la violencia es un término carente de autonomía conceptual: por lo general se emplea como sinónimo de “conflicto” o “guerra”. Por ende, casi todas las referencia a, digamos, la violencia étnica, hacen alusión al conflicto étnico, antes que a la violencia real que ocurre al interior del conflicto. Con todo, como señalaba Hannah

¹⁶ Kenney, George. The Bosnia calculation en: *The New York Times Magazine*, 1995, 23. April, 42-43.

¹⁷ Daniel. E. Valentine. *Charred Lullabies: Chapters in an Anthropology of violence*. Princeton: Princeton University Press, 1996.

¹⁸ Contini, Giovanni. *La Memoria Divisa*. Milano:Rizzoli, 1997.

Portelly, alessandro. *The battle of valle giulia: oral history and the art of dialogue*. Madison: University of Wisconsin Press, 1997.

¹⁹ Gilsenan, Michael. *Lords of the Lebanese Marches: Violence and narrative in an Arab society*. London: I.B. Turis, 1996.

Arendt²⁰, la violencia es “un fenómeno por derecho propio”. Es obvio que la guerra civil ‘origina’ violencia. Empero y para utilizar una analogía, las elecciones ‘son causa’ de estrategias de política en las democracias; aún así, el estudio de esa estrategia de política no se subsume bajo el estudio de las elecciones, ni tampoco existe una suposición en el sentido de que el estudio de la política electoral aborda el tema de estrategia de política de manera directa alguna. Una implicación crucial de esta diferenciación radica en que, desde una perspectiva analítica, se hace necesario disociar la guerra civil de la violencia en la guerra civil. De ahí que el interrogante que planteo no se refiera a qué causa la guerra civil sino, más bien, qué causa la violencia en el interior de la guerra civil.

II. Violencia como consecuencia y como proceso

En tanto los científicos e historiadores políticos tienden a incluir a la violencia bajo la categoría de conflicto violento, muchos antropólogos, analistas de la política exterior, activistas de las ONG, expertos *in situ* y periodistas se inclinan a percibir a la violencia como una consecuencia antes que como un proceso. El punto focal lo constituyen casos (individuales o colectivos) de violencia (descritos como atrocidades, violaciones de los derechos humanos, etc.), antes que el conjunto (complejo y a menudo invisible) de acciones y mecanismos (a menudo no violentos) que, de manera inmediata, preceden y contribuyen a que se produzcan estos actos de violencia. De ese punto focal también hace parte la identificación de los victimarios y de las víctimas, antes que el número de actores –por lo general mayor– que participan en el proceso sin ser victimarios o víctimas

²⁰ Arendt, Hannah. *On violence..* San Diego. Harcourt Brace, 1970.

directos. Aun cuando se analiza el proceso de la violencia, rara vez el examen se atreve a ir más allá de la descripción de sus pormenores –en contraposición a rendir una versión con sólidos fundamentos teóricos y posible de generalizar, y de tergiversar desde una perspectiva empírica. Sin embargo, la violencia no se puede reducir ni a un conjunto de valores en una variable dependiente, ni a la identificación de casos, de victimarios y víctimas particulares, y de los hechos inmediatos circundantes. Entender la violencia como proceso permite investigar la secuencia dinámica de decisiones y hechos que se combinan entre sí para producir actos de violencia, y permite también el estudio de los, por lo demás, actores invisibles partícipes de este proceso.

III. Violencia en la paz, violencia en la guerra

No obstante que los estudios de la guerra civil demuestran una tendencia a pasar por alto el aspecto de la violencia, las investigaciones sobre la “violencia política”, concepto amplio e impreciso que abarca fenómenos tan dispares como las manifestaciones en los recintos universitarios, los disturbios callejeros, las acciones “terroristas” y hasta el genocidio, se han inclinado a favor de la disociación de la violencia con respecto de la guerra civil. Existen numerosos estudios sobre “acción beligerante”, “violencia civil” o “violencia colectiva” (como manifestaciones, protestas, disturbios, etc.), en particular, en el contexto de la investigación sobre movimientos sociales²¹. De igual manera existen enjundiosas investigaciones sobre la violencia masiva unilateral, en

²¹ Tarrow, Sidney G. *Power in movement: Social Movements, collective action and politics.* Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

particular sobre el genocidio²². Por otra parte, son escasos los estudios acerca de la violencia en las guerras civiles y, los que en realidad existen, tienden a quedar incluidos bajo la denominación global de acción beligerante colectiva – término que se refiere tanto a la acción esporádica colectiva violenta (como los disturbios) como a la acción colectiva no violenta o ligeramente violenta (como huelgas, protestas, manifestaciones, etc.). Es indiscutible que, en ocasiones, la acción beligerante precede a la guerra civil –aunque la mayoría de conflictos étnicos no llegan a intensificarse hasta convertirse en guerras civiles²³. No obstante, fundir los dos en uno solo, sugiere la incapacidad de aceptar que guerra y paz son dos contextos radicalmente diferentes generadores de violencia en formas muy disímiles.

Se trata de una diferencia de magnitud de escala. El número total de muertos en todos los episodios y movimientos de protesta conocidos es mínimo en comparación con el número total de muertes en todas las rebeliones reportadas²⁴. Aun así, una de las formas más violentas de acción beligerante –el terrorismo– involucra violencia en una escala mucho menor que la guerra civil²⁵. En términos más esenciales, se trata de una diferencia adicional. La guerra estructura las opciones y selecciona a los actores de maneras radicalmente diferentes a la paz –aún la

paz violenta. La acción beligerante constituye un reto para el gobierno o el régimen en el poder, en un contexto caracterizado por un único soberano con su monopolio de violencia legítima (y real) intacto. Por el contrario, la característica definitoria de la guerra civil es la soberanía escindida. Varshney²⁶ señala la necesidad de establecer una “diferencia analítica” entre una teoría de las guerras civiles y una teoría de los disturbios, y plantea que su interpretación de las causas de los disturbios étnicos en la India no tendría validez respecto de situaciones de guerras civiles. Tal diferencia se refleja en una serie de características de la guerra civil y de la beligerancia violenta. Por ejemplo, los disturbios demuestran una tendencia a ser un fenómeno fundamentalmente urbano, en tanto la violencia de la guerra civil tiende a afectar las zonas rurales principalmente. Es posible que el estudio de los disturbios que ocurren en las democracias demande un enfoque especial en los incentivos electorales, factor tangencial al estudio de la violencia en la guerra civil²⁷.

²² Fein, Helen. *Genocide: A sociological perspective*. London: Sage, 1993.

²³ Licklider, Roy. Early Returns: Results of the first wave of statistical studies of civil war termination. *Civil Wars*, 1998, 1, 3: 121-132.

²⁴ Gurr, Ted. The political origins of state violence and terror. A theoretical analysis en: Michael Stohl and Geroge Lopez (eds), *Government violence and repression: An agenda for research*. New york: Greenwood Press, 1984.

²⁵ Guelke. *The age of terrorism and the international political system*. New York: St. Martin's Press, 1995. Págs. 6-7.

²⁶ Varshney, Ashutosh. *Ethnic conflict and civil society: India and Beyond*. Unpublished paper, Notre Dame University, 2000.

²⁷ Wilkinson, Steven I. The rationality of Hindu-muslim violence. Ensayo inédito, Columbia University, 1998.

IV. Propósito y producción de la violencia

La convergencia de dos atributos de la violencia, a saber su propósito y producción, permite el acceso a una diferenciación crucial adicional necesaria para delimitar las fronteras analíticas de un estudio sobre la violencia en la guerra civil. En primer lugar, es posible usar la violencia masiva para lograr el sometimiento o el exterminio básicamente. Cuando al menos un actor político intenta gobernar a la población contra la cual usa la violencia, ésta última se convierte en un medio antes que en un fin. A menudo, al uso de la violencia como instrumento para moldear el comportamiento individual (incorporando un costo a las acciones particulares), se le da la connotación de “terror”. En segundo lugar, es posible producir la violencia política masiva de manera unilateral (por un solo actor), o bilateral o multilateralmente (por uno o más actores). La convergencia de estos dos atributos da origen a cuatro categorías analíticas ideales características de la violencia masiva: el terror de Estado, el genocidio y la limpieza étnica, la violencia de la guerra civil, y otro tipo al que, a falta de un término más adecuado, podríamos referirnos como “exterminio recíproco”.

Terror de Estado

El uso unilateral del terror que los Estados utilizan para lograr el sometimiento de la población, se conoce como terror de Estado. Mitchell Stohl, Carleton, y López²⁸, lo definen como

gobierno por intimidación, el cual “implica la coerción y la violencia deliberadas (o la amenaza de coerción y violencia) dirigidas contra alguna víctima, con la intención de provocar temor extremo en algunos observadores objetivo que se identifican con la víctima, de tal manera que estos observadores se perciban a sí mismos como futuras víctimas probables. Así, se les obliga a analizar la posibilidad de modificar su comportamiento en alguna forma deseada por el actor”.

Genocidio y limpieza étnica

Cuando el propósito intencional de la violencia es el exterminio físico de todo un grupo antes que el sometimiento de este grupo a una autoridad política, nos encontramos frente al genocidio. El genocidio no es una continuación de la represión severa a través de otros medios, sino un fenómeno por completo diferente. Analíticamente afín al genocidio es el acto de expulsar, a propósito y en forma permanente, a ciertos grupos de población, situación que a menudo se conoce como “limpieza étnica”.

“Exterminio recíproco”

En ciertos casos, es posible que más de un actor político intente lograr el objetivo de expulsar de manera permanente, o aun de exterminar, determinados grupos de población. La guerra civil del Líbano podría considerarse un caso como el que nos ocupa. Sin embargo, la violencia a escala masiva y conducente al exterminio demuestra la tendencia a ser unilateral antes que recíproca.

Violencia en la guerra civil

²⁸ Mitchell, Christopher, Michael Stohl, David Carleton, y Geroge a. Lopez. State Terrorism: Issues of Concept and Measurement. En Michael Stohl and George A. Lopez (ed.). *Government Violence and Repression: An*

Agenda for Research. Westport, CT: Greenwood Press, 1986, 1-25.

A diferencia del terror de Estado y del genocidio, la violencia en la guerra civil no es unilateral: por lo menos dos actores políticos, partidarios de monopolios segmentados de violencia, la producen. Casi siempre, y teniendo en cuenta que el objetivo último de la guerra civil es, o bien el restablecimiento de un monopolio de violencia legítima sobre el territorio nacional previo a la guerra, o la legitimación de la segmentación (es decir, de la secesión), estos monopolios son inestables y cambiantes. A diferencia de otras situaciones en las que la violencia se produce de manera unilateral, la población objetivo, o bien es partícipe de las oportunidades o es obligada a transferir su lealtad y sus recursos al actor político rival; y estos cambios cuentan, porque afectan el resultado final del conflicto. Es esta característica la que otorga a la violencia de la guerra civil su dimensión estratégica –y a esto se debe que la violencia de la guerra civil no sea tan solo terror de Estado multiplicado por dos. El punto focal del presente artículo es este tipo de violencia, cuyas propiedades y dinámicas son básicamente diferentes del terror de Estado y del genocidio.

Una teoría de la violencia de la guerra civil

Guerra irregular

La gran mayoría de las guerras civiles se libran mediante confrontaciones bélicas convencionales, antes que irregulares; algunas guerras civiles incluyen diversos grados de confrontaciones bélicas tanto convencionales como irregulares (por ejemplo, la Guerra de Vietnam), mientras algunas pocas se libran como guerras convencionales principalmente (por ejemplo, la Guerra Civil Española). Existe un nexo estrecho entre la guerra civil y la confrontación bélica irregular

–hecho que no ha escapado a la atención de observadores perspicaces²⁹.

La guerra irregular es un método de confrontación bélica; no exige una causa determinada (como lo plantea Schmitt³⁰). Son dos las diferencias fundamentales entre la guerra convencional y la guerra irregular. En primer lugar, no existen vanguardias claramente definidas; las fronteras, o líneas divisorias, son porosas y cambiantes. En segundo lugar y, en parte como consecuencia, los combatientes irregulares y sus simpatizantes no son fácilmente identificables. La descripción que hace Fellman³¹ de la Guerra Civil de Estados Unidos en Missouri, una guerra de guerrillas, como una guerra “de sigilo y asalto, sin una vanguardia... casi sin una división entre el civil y el combatiente” abarca ambas dimensiones.

En términos generales, el nexo entre la guerra irregular y la violencia se explica de tres maneras distintas: en primer lugar, las estructuras formales (en particular las militares) son débiles o inexistentes en la guerra irregular lo que, por tanto, hace posible la ocurrencia de todo tipo de excesos³². En segundo lugar, la ausencia de vanguardias claramente definidas y la presencia del enemigo literalmente a sus espaldas acrecienta la tensión de la tropa y facilita reacciones ante la menor provocación³³. En tercer lugar, se desdibuja la diferencia entre civiles y combatientes. Ya sea que la población

²⁹ Trotsky, Leon. *Military Writings*. New York: Merit Publishers, 1969.

³⁰ Schmitt, Carl. *Théorie du Partisan*. Paris: Flammarion, 1992 [1963]

³¹ Fellman, Michael. *Inside War: The guerrilla conflict in Missouri during the american civil war*. New York: Oxford University Press, 1989
Pág. 23

³² Fellman. Opus cit., 1989.

³³ Grossman, Dave. *On Killing: The psychological cost of learning to kill in war and society*. London: I.B. Tauris, 1995.

actúe por voluntad propia, de buen grado, o no, existe una profunda coincidencia social y geográfica entre los ejércitos y los civiles³⁴. Aunque sólidos, los anteriores argumentos no llegan a constituir una explicación definitiva. De hecho, sólo parecen abordar un caso particular de la violencia de la guerra civil: la violencia indiscriminada de los ejércitos regulares contra los civiles. Más aún, el valor interpretativo de estos argumentos es limitado: los niveles de violencia varían tanto a través de cómo dentro de las guerras civiles que se libran mediante la confrontación bélica irregular. Lo que impulsa la violencia en la guerra civil va mucho más allá de débiles estructuras formales, de la ausencia de vanguardias claramente definidas y de la coincidencia entre civiles y combatientes. Requerimos una mejor comprensión teórica de las fuentes de la violencia en la guerra civil –una comprensión que permita formular hipótesis comprobables acerca de la variación en la violencia.

La guerra civil altera de manera crucial la esencia de la soberanía. En su núcleo se halla la ruptura del monopolio de la violencia legítima por la vía del desafío armado interno. La soberanía entonces se divide³⁵. Esta es la realidad fundamental de la guerra civil pero que suele ser subestimada por los estudiosos particularmente por aquellos que le aplican a las guerras civiles la teoría de los movimientos sociales. Por lo general hay dos actores que compiten, insurgentes e gobernantes que usan tácticas diferentes según sus recursos. La visión de la soberanía se refleja en dos realidades básicas diferenciadas. En primer lugar, está dividida (o

segmentada) en el sentido en que dos (o más actores) ejercen soberanía sobre partes distintas de lo que era el territorio del Estado. O en segundo lugar, la soberanía está dividida o fragmentada en el sentido en el que dos (o más) actores políticos distintos ejercen *simultáneamente* grados distintos de soberanía sobre las mismas porciones del territorio estatal. Esas dos situación podemos distinguirlas claramente.

A diferencia de la guerra convencional, la guerra civil adquiere un carácter "triangular" pues involucra no sólo a dos (o más) actores que compiten sino también a los civiles. El apoyo (la colaboración) de la población civil llega a ser un componente del conflicto. De manera típica, la guerra civil implica un reducido número de combates directos entre los combatientes y muchas acciones en las que los civiles juegan un papel fundamental. Como le decía un campesino chipriota al escritor Lawrence Durrell³⁶ el combate debe ser conducido a través del pueblo "como un hombre que tiene que golpear a su oponente a través del cuerpo de quien pretende hacer de árbitro".

El apoyo popular es un término que describe las acciones de colaboración exclusiva con uno de los actores políticos. Sus motivaciones pueden variar. Pueden ser materiales o no materiales y sería innecesariamente reduccionista tratar de determinar la amplia gama de motivaciones. De una manera típica se asume que el apoyo popular es exógeno a la guerra, la que a su vez, está predeterminada por diferencias étnicas o de clase. Por ejemplo, los campesinos sin tierra de Guatemala se supone que apoyan a los rebeldes, como lo hacen los tamiles en Sri Lanka. Sin embargo, el apoyo popular también es endógeno a la

³⁴ Wickham-Crowley, Timothy P. *Exploring revolution: essays on latin American insurgency and revolutionary theory*. Armonk, NY: M. E. Sharpe, 1991.

³⁵ Tilly, C. Opus cit., 1978.

³⁶ Durrell, Lawrence. *Bitter lemons*. New York.: Marlowe & Company, 1996 [1957]. Pág. 224.

guerra: las preferencias e identidades se redefinen en el curso de la misma, en respuesta a la dinámica tanto de la guerra como de la violencia. No importa cuanta simpatía pueda sentir la población local frente a un actor político, aún así pueden haber fuertes incentivos para que algunas personas cambien de bando o deserten en el curso de la propia guerra con el fin de sobrevivir.

La defeción está motivada por una variedad de causas. La más importante de ellas, la supervivencia. Pese a la prestación de beneficios esenciales (materiales y no materiales) en las etapas iniciales de la guerra, una vez la violencia se intensifica hasta convertirse en la “principal actividad de la región”, la supervivencia individual se convierte en la prioridad esencial para la mayoría de la población –independientemente de sus preferencias iniciales. Resulta obvio que esta consideración pesará en las opciones que la gente pueda hacer. Se trata precisamente de la forma en que lo expresara un campesino de Mozambique, país desgarrado por la guerra: “la única ideología que tiene la gente es una ideología contra la atrocidad” (citado en Nordstrom³⁷). De igual manera, a medida que la guerra se intensifica, la violencia deviene en un instrumento cada vez más importante (con frecuencia, puede ser el único) en la guerra civil; y conforme la violencia se intensifica, hasta los actores políticos que, en un principio concedieron importancia capital a incentivos selectivos (sea bienes materiales o ideológicos), también deben recurrir a la violencia con el fin de “contrarrestar” la violencia de sus opositores. En sus observaciones acerca de la dinámica del

apoyo popular en Sudán, Finegan³⁸ se refiere al resultado global de las estrategias individuales de supervivencia de cara a la violencia: “las opiniones políticas de la población estarían en extremo condicionadas al poder desplegado en torno suyo”.

En este punto, bien vale la pena señalar que, contrario a planteamientos que postulan que para los individuos resulta imposible desertar del grupo étnico al cual pertenecen³⁹, los cambios de lealtad son a la vez posibles y comunes en las guerras civiles de motivación étnica. Muchos Estados tienen una larga tradición de reclutar soldados entre etnias distintas⁴⁰, en tanto la violencia intragrupal constituye una característica de muchas guerras étnicas. En una guerra civil, la acción colectiva en torno a aspectos étnicos no es automática, por el contrario, se hace necesario movilizarla –con frecuencia por medios violentos. De hecho, se ha planteado que la violencia insurgente en las rebeliones de origen étnico “casi siempre se dirige en primer lugar contra su propia población, con miras a asegurar su apoyo a la revolución, sin importar en lo más mínimo su renuencia o su pasividad”⁴¹. Veamos dos ejemplos: los rebeldes independentistas de Argelia asesinaron un mayor número de argelinos que de pobladores franceses⁴²; por su parte, en la India, el conflicto Punjab entre los Sikhs y los

³⁸ Finnegan, William. The invisible war en: *The new yorker*, 1999, 25 January. Pág 50

³⁹ Kaufmann, Chaim. Possible and impossible solutions to ethnic civil wars en: *International Security* 30,4, 1996. Págs. 136- 175.

⁴⁰ Enloe, Cynthia H. *Ethnic Soldiers: State security in divided societies*. New York: Penguin, 1980.

⁴¹ Paget, Julian. *Counter- Insurgency operations: Techniques of guerilla warfare*. New York: Walker and Company, 1967. Pág. 32.

⁴² Crozier, Brian. *The rebels: A study of postwar insurrections*. Boston: Beacon Press, 1960. Pág. 170.

³⁷ Nordstrom, Carolyn. The Backyard Front en Carolyn Nordstrom y Joann Martin (eds), *The paths to domination, resistance, and terror*. Berkeley: University of California Press, 1992. Pág. 226.

Hindúes tuvo como resultado “la algo irónica situación en la cual, entre 1987 y 1991, un número significativamente mayor de Sikhs que de Hindúes fueron asesinados por los militantes Sikh”⁴³.

El principal interrogante que plantea la guerra civil es el de hasta qué punto, las poblaciones que se encuentran bajo el dominio de uno u otro actor tienen opciones distintas a la de colaborar con el dominante; con todo, como los actores políticos son incapaces de lograr la soberanía sobre la totalidad del territorio del Estado (cuando uno lo logra, la guerra llega a su fin). Las exigencias de la guerra irregular en el plano militar son simplemente alucinantes. Como escribiera un general republicano en una carta sobre la situación en la región occidental de Francia durante la contrarrevolución monárquica, los republicanos del distrito “tienen tanto miedo, que necesitaríamos a un batallón completo para custodiar cada casa” citado en Dupuy⁴⁴. De ahí que, en tanto ambos contrincantes conserven la capacidad de combatir, la soberanía continuará estando segmentada y fragmentada (es decir, ambos bandos tienen acceso simultáneo a la población de muchas zonas). En estas condiciones, si bien el apoyo de la población civil es vital para el desenlace de la guerra, del mismo modo, este apoyo resulta ser el más difícil de obtener: sometidas al asedio de dos fuegos, las poblaciones cuya supervivencia es para ellas mismas su máxima prioridad, estarán en mejor situación si evitan comprometerse con algunas de las dos facciones en conflicto. Entonces, como resultado de lo anterior, tenemos que un país en

guerra civil presentará un escenario como el que describo a continuación: el Estado en cuestión está más o menos intacto en las regiones de fácil control por parte de un ejército regular. En estas zonas, el Estado tiene la capacidad de funcionar más o menos normalmente. En las regiones apartadas, los representantes del Estado, tanto formales (policía, etc.) como informales (civiles sospechosos de ser informantes y colaboracionistas), han sido eliminados, o han huido, y se ha establecido un Estado opositor insurgente. En estas áreas, el Estado opositor insurgente también tiene la capacidad de desempeñar casi todas las funciones estatales (impuestos, justicia, seguridad, etc.). Por último, existen zonas intermedias donde la soberanía está fragmentada. Se trata de áreas en contienda, donde el apoyo de la población civil constituye el factor de mayor importancia y el más difícil de obtener.

Tanto los gobernantes en el poder como los insurgentes apelan a la violencia para hacerse a la colaboración de la población civil y disuadir a los desertores. Quienes detentan el poder dependen de una serie de estrategias (conocidas a menudo como “contrainsurgencia”), cuyo objetivo principal es privar a los insurgentes del apoyo de la población civil (es decir, obligar a los civiles a colaborar únicamente con los gobernantes de turno). Esta meta se logra de diversas maneras. Veamos: los gobernantes de turno pueden imponer medidas represivas draconianas contra los civiles y establecer castigos colectivos para los casos de colaboración con los insurgentes. Este método se inauguró en escenarios tan disímiles como la guerra de los Bóer y la rebelión de los habitantes de las Filipinas contra Estados Unidos en los inicios del siglo XX. El método lo perfeccionaron los

⁴³ Wallace, Paul. Political violence and terrorism in India: The crisis of identity en: Marta Crenshaw (ed.) *Terrorism in context*. University Park, Pa: The Pennsylvania State University Press, 1995. Pág. 400.

⁴⁴ Dupuy, Roger. *Les Chouans*. París: Hachette, 1997. Pág. 133

nazis en la Europa ocupada y, en épocas más recientes, algunos gobiernos latinoamericanos. De igual modo, los gobernantes que tienen acceso a recursos substanciales, a veces desplazan (comúnmente por la fuerza) a la totalidad de la población civil de las zonas rurales, con el objeto de “secar el mar” donde (se supone que) los insurgentes nadan como peces. Las estrategias que utilizan los actores políticos varían en una guerra civil, tanto en términos temporales como espaciales. En este sentido, la variación espacial constituye el punto focal de mi análisis.

1. Soberanía

Existe la probabilidad de que, donde los actores políticos sean soberanos, aplicarán violencia limitada –por diversas razones. El ejercicio del poder incrementa el costo de la deserción protegiendo a la población contra reclamaciones de soberanía antagónicas, y haciendo mayor la credibilidad de las amenazas. En un mundo dónde las expectativas acerca del resultado final son importantes, y dónde la información, en su mayor parte, es de origen local, la soberanía indica dominio y triunfo eventual. Cuando los dos tienen la capacidad de gobernar “Estados fuertes”, tanto los gobernantes de turno como los insurgentes dependen de la violencia limitada únicamente. Es necesario señalar que esta hipótesis contradice el argumento central del cuerpo de la literatura sobre terror de Estado, la cual aduce que el terror gubernamental es una función directa del control gubernamental Schmid⁴⁵. La violencia puede ser, o bien selectiva (dado que es fácil recolectar información en las zonas sometidas a

fuertes medidas de control), o indiscriminada (teniendo en cuenta que la población no tiene más alternativa que someterse al soberano).

2. Ninguna soberanía

Cuando los actores políticos no ejercen ninguna soberanía en absoluto, es probable que utilicen la violencia indiscriminada o no acudan a ningún tipo de violencia. En un principio y debido a la carencia de información, de experiencia, o de una mejor alternativa –en particular los mandatarios, utilizarán la violencia indiscriminada. No obstante, en ausencia del quasi exterminio total, el uso de la violencia indiscriminada contra los civiles que colaboran con un opositor fuerte resulta contraproducente debido a que brinda a los civiles incentivos para unirse a sus contrarios. Se trata de una de las observaciones más comunes en la literatura descriptiva: “Ninguna medida es más contraproducente que los castigos colectivos”, acentúa un texto clásico sobre la guerra irregular⁴⁶. En el análisis final, los actores políticos no desean emplear la violencia de manera contraproducente. Más bien, es probable que se acojan a la recomendación de Maquiavelo, en el sentido de que el castigo “debe emplearse con moderación, con el objeto de evitar que se convierta en causa de odio; ya que ningún gobernante se beneficia de hacerse odioso”. De hecho, la guerra induce al aprendizaje. Un hecho sólido y recurrente en la literatura relativa al tema es que, en el transcurso de una guerra civil, los actores políticos demuestran una tendencia a abandonar, o disminuir radicalmente, la violencia indiscriminada (por ejemplo, Heilbrunn⁴⁷). La violencia selectiva

⁴⁵ Schmid, Alex P. Political Terrorism: A research guide to concepts, theory, data bases and literature. Amsterdam:SWIDOC; 1983. Págs. 175-176.

⁴⁶ Heilbrunn, Otto. *Partisan Warfare*. New York: Praeger, 1967. Pág. 152

⁴⁷ Heilbrunn, Otto. Opus cit. Pág. 147

tampoco es una opción, ya que resulta imposible recoger información proveniente de lugares sobre los que no se ejerce control.

Las hipótesis sobre violencia, tanto bajo el ejercicio de la soberanía, como en ausencia de ésta, son consistentes con las observaciones de Arendt⁴⁸, en el sentido de que “Poder y violencia son opuestos; cuando uno de los dos ejerce poder absoluto, el otro está ausente. La violencia aparece cuando el poder está en riesgo”.

3. Disputa

Cuando la soberanía está fragmentada, existe la probabilidad de que ambos actores políticos hagan mayor uso de la violencia, en comparación a cuando dichos actores ejercen plena soberanía; sin embargo, esta violencia será más selectiva. Las áreas en conflicto son aquellas en las que se desarrolla la competencia verdadera entre los gobernantes en ejercicio y los insurgentes. La población de estas zonas tiene la oportunidad (y siente la presión) de colaborar con (o de desertar hacia) cualquiera de los actores políticos. Por una parte, los actores políticos hacen uso de la violencia para obligar a la población a tomar partido en una situación de incertidumbre. Y, por la otra, esta incertidumbre complica en gran medida los cálculos de los civiles. Como lo plantea Manrique⁴⁹ con respecto al Perú, “La línea que divide a los protagonistas del conflicto se vuelve borrosa, [se presenta una] dificultad para definir con exactitud quiénes son los amigos y quiénes los enemigos”. En un entorno como el que describimos, el factor inductor de la

colaboración (y de la disuasión lograda) será la violencia selectiva: ésta es efectiva porque cumple dos condiciones fundamentales para la credibilidad de las amenazas: persuasión y personalización. Con respecto a muchos escenarios sociales diferentes, se ha hecho una observación en el sentido de que la efectividad de las sanciones exige selectividad Hechter⁵⁰. Esta observación también es verídica en el contexto de la guerra civil. En palabras de un experto en contrainsurgencia, Thompson⁵¹: “El terror es más efectivo cuando es selectivo”. Hasta este punto, el análisis sugiere que la violencia masiva y selectiva ocurrirá con mayor probabilidad en las zonas en disputa. De hecho, se pueden formular tres hipótesis preliminares acerca de la variación espacial de la violencia en una guerra civil:

Hipótesis 1 (H1): En presencia de soberanía absoluta, es probable que la violencia sea limitada, selectiva o indiscriminada, y la ejerza el soberano.

Hipótesis 2 (H2): En ausencia de soberanía, es probable que la violencia sea masiva e indiscriminada (en un principio), limitada (posteriormente) y la ejerza quien no es soberano.

Hipótesis 3 (H3): Cuando la soberanía es fragmentada, es probable que la violencia sea masiva y selectiva, y ambos actores políticos la ejerzan.

Los casos de los que se tiene conocimiento parecen confirmar la presencia de la violencia masiva en las áreas en disputa por ejemplo, Kann⁵²,

⁴⁸ Arendt, Hannah. Opus cit. Pág. 56.

⁴⁹ Manrique, Nelson. The war for the Central Sierra en Steve J. Stern (ed), *Shining and Other Paths: War and society in Perú, 1980-1995*. Durham and London: Duke University Press, 1998. Pág. 217.

⁵⁰ Hechter, Michael. *Principles of Group Solidarity*. Berkeley: University of California Press, 1987. Pág. 50.

⁵¹ Thompson, Robert. *Defeating communist insurgency*. New York: Praeger, 1966. Pág. 25.

⁵² Kann, Peter R. A long, leisurely drive through Mecong Delta Tolls. Much of ther war en: *Reporting Vietnam: American Journalism 1959-*

este conocimiento está fragmentado y se hace necesario obtenerlo a partir de innumerables informes, narraciones, documentos, etc. La evidencia más sistemática que el autor logró localizar aparece en Carmack⁵³ quien, compendiando las investigaciones de primer orden efectuadas por antropólogos en Guatemala, señala que la violencia del ejército parece haber variado en forma inversa a la magnitud del desafío que enfrentaba: la violencia fue masiva en las zonas de fuerte actividad guerrillera; selectiva en aquellas donde el acceso de los guerrilleros era restringido; y limitada donde las fuerzas rebeldes no tenían acceso. En mi propia investigación Kalyvas⁵⁴, llegué a la conclusión de que la violencia masiva y selectiva surgió en Argelia después de que las áreas que controlaban los rebeldes Islámicos comenzaron a ser disputadas por el ejército (es decir, cuando se fragmentó la soberanía).

Sería tentador detenernos aquí. Sin embargo, las hipótesis anteriores cuentan sólo una parte de la historia. El análisis de la violencia selectiva abre un vasto campo de investigación (que, por lo general, se pasa por alto) que introduce un nuevo ámbito de análisis. Si bien, hasta este punto, el análisis se ha concentrado en el ámbito de las relaciones entre los actores políticos y la población, ha pasado por alto (como gran parte de las investigaciones) el nivel de las relaciones *en el seno de la población*, es decir, las dinámicas intracomunitarias.

1975. New York: The library of América, 2000 [1969]. Pág. 409.

⁵³ Carmack, Robert M. editor's preface to the first edition en Obert M. Carmarck 8ed.), *Harvest of Violence: The maya indians and the guatemalan crisis*. Norman: University of Oklahoma Press, 1988a.

⁵⁴ Kalyvas, Sathis N.. Wanton and Senseless? The logic of massacres in Algeria. *Rationality and society*, 1999.

Dinámicas intracomunidad

Aunque puede ser efectiva, la violencia selectiva resulta difícil de lograr: ¿cómo saber con exactitud quién entrega información a la otra facción en un determinado poblado? De hecho, se trata de un problema fundamental de la norma: la violencia selectiva exige información. Casi siempre, la clase de información que se requiere para la violencia selectiva es confidencial y, en consecuencia, se distribuye de manera asimétrica entre los actores políticos y los civiles. Y, si bien, es posible obtener cierta información confidencial por medios violentos, en realidad no existe substituto alguno a su entrega espontánea. No obstante, canalizar esta información a los actores políticos depende, a menudo, de complejas dinámicas intracomunidad, dinámicas que rara vez son objeto de estudio. A decir verdad, la mayoría de los científicos políticos (y no sólo ellos) suponen que la violencia es un proceso que se puede entender únicamente a partir de un análisis de lo que hacen los actores políticos (tanto los unos a los otros como a los civiles). No se tienen en cuenta los incentivos y las estrategias de los individuos y de las comunidades (tanto en relación con los actores políticos como, en particular, con referencia a otros individuos y comunidades). La causa más obvia de tal descuido es la dificultad de conceptualizar, investigar y recolectar información de manera sistemática a nivel de la comunidad y a nivel del individuo –labor que, por tradición, se ha asignado a los antropólogos sociales.

A nivel macro, los individuos se congregan en grupos (es decir, campesinos, albaneses), a quienes a menudo se trata como si poseyeran cualidades antropomórficas: estos grupos toman decisiones (a quién apoyar y cuánto apoyo dar), y actúan como si fuesen actores unitarios. Sin

embargo, hablar de actores unitarios cuando se examina la violencia de la guerra civil es fracasar de entrada. En realidad, esta aproximación está en desacuerdo tanto con los avances teóricos como con la evidencia empírica que sugieren que (a) las más de las veces, los grupos (entre ellos los grupos étnicos) están internamente divididos, y (b) gran parte de la violencia se relaciona con la dinámica intragrupal. El flujo de información confidencial desde los individuos hacia los actores políticas lo motiva la dinámica intracomunidad. En otras palabras, una parte importante de la violencia en la guerra civil es el resultado final de las transacciones o compromisos, entre, por una parte, los agentes “externos” (tanto insurgentes como actores políticos en ejercicio del poder), y, por la otra, los agentes “internos” (civiles, cuadros políticos, simpatizantes y gente del común de la región en cuestión). A esta característica la denomino *unidad*. Juntos, los agentes internos y externos, los lugareños y los extraños, los civiles y los soldados producen la violencia selectiva⁵⁵.

Una secuencia estilizada del proceso conducente a la producción de violencia selectiva se puede definir como sigue: primero, un actor político decide si emplea, o no, la violencia, de acuerdo con los lineamientos que plantean las hipótesis H1-H3; a continuación, los individuos deciden suministrar al actor información sobre los desertores (es decir, denunciarlos), o no. Las denuncias tienen su origen en todo tipo de conflictos locales: de carácter privado únicamente (por ejemplo, una enemistad recurrente de familia), o

⁵⁵ Si bien conjuntamente se puede producir la violencia en el contexto de los genocidios y del terror de Estado, ella adquiere una dinámica diferente en las guerras civiles, donde, en realidad, existen dos (o más) facciones que exigen información.

reflejos locales de una escisión de mayor envergadura (por ejemplo, un conflicto entre una familia adinerada y una familia pobre). Las denuncias pueden estar ligadas al conflicto (por ejemplo, los adversarios en una antigua enemistad de familia pueden unirse a campos políticos opuestos), y pueden generarse en el conflicto mismo (por ejemplo, los actores políticos pueden incrementar las reservas de recursos disponibles en una comunidad determinada y generar competencia por esos recursos dando origen, por tanto, a nuevos conflictos). Aunque, en ocasiones, la denuncia la motiva el apoyo verdadero a un actor político (denuncia “pura”), con mayor frecuencia la motivan mezquinos intereses individuales –como resolver conflictos privados (denuncia “mal intencionada”). Los escasos estudios sistemáticos históricos que existen sobre la denuncia por ejemplo, Fitzpatrick y Gellately⁵⁶ sugieren que la mayoría de las denuncias se hacen con la intención de causar daño⁵⁷.

Los individuos que a menudo están dispuestos a denunciar a sus vecinos con el propósito de obtener beneficios materiales o de otro tipo, y que hasta llegarían a sentirse felices de que desaparecieran de su vista, es poco probable que, en condiciones normales los asesinen, o bien porque les repugna un acto que transgrede el orden legal establecido en tiempos de paz, o porque los disuaden los castigos o sanciones que se asocian con el asesinato en

⁵⁶ Fitzpatrick, Shelia y Robert Gellately. Introduction to the practices of denunciation in modern european history en Shelia Fitzpatrick y Robert Gellately (eds.). *Accusatory practices: denunciation in modern european history, 1789-1989*.Chicago: University of Chicago Press, 1997.

⁵⁷ Se debe tener en cuenta que esta distinción no es coincidente con la distinción entre denuncia correcta o falsa. Una denuncia puede ser mal intencionada y acertada al mismo tiempo.

tiempos normales –o ambos. Denunciar a los enemigos personales cuando un actor político asume todos los costos de la violencia, deroga las sanciones, o llega a reemplazarlas por beneficios morales y/o materiales, se convierte, por desgracia, en una opción tentadora. Los individuos adquieren –para expresarlo de algún modo– ejércitos privados que siguen un patrón que, en su estudio de la violencia en el occidente de Ucrania y Belorrusia, en 1939, Jan Gross⁵⁸ describe como *la privatización de la autoridad*: el Estado se entrega en concesión, por así decirlo, a individuos de la región, quienes utilizan su recién adquirido poder para luchar por sus intereses personales y ajustar cuentas pendientes.

Muchos actos de violencia que en apariencia (y para los observadores externos) dan la impresión de originarse en motivaciones exclusivamente políticas o ideológicas, imputables o no, después de un examen minucioso resultan ser “causados no por cuestiones políticas, sino por odios personales, venganzas y envidia” Harding⁵⁹. Para dar apenas un ejemplo: en su profundo estudio sobre un escuadrón de la muerte en el pequeño poblado de San Pedro la Laguna, en Guatemala, Paul y Demarest⁶⁰ llegaron a la conclusión de que “la venganza personal fue un motivo recurrente” responsable de la violencia. Entre los casos particulares

⁵⁸ Gross, Jan T. *Revolution from abroad: The soviet conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1988. Págs. 118-119.

⁵⁹ Harding, Susan F. *Remaking Ibieca: Rural life in Aragon under Franco*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1984. Pág. 75.

⁶⁰ Pau, Benjamin d. y William j. Demarest. The operation of a death squad in San Pedro la Laguna en Robert m. Carmack (ed.) *Harvest of violence: the maya indians and the guatemalan crisis*. Norman: University of Oklahoma Press, 1988b. Pág. 125.

que se mencionan se incluye el asesinato de su cuñado por el líder de un escuadrón de la muerte. El secuestro de un hombre como venganza por haber contraído matrimonio con una mujer que había sido la esposa de un miembro de un escuadrón de la muerte, y la denuncia de un hombre como “subversivo” por parte de una mujer porque, de hecho, “el se había robado el afecto de su nuera”. Situaciones semejantes son recurrentes en los contextos históricos y geográficos más variados.

El carácter localista y personalista del conflicto corre el riesgo de perderse –o, lo que es peor, de descartarse como apenas un reflejo local de la escisión más amplia que permea el conflicto, o una serie de anécdotas fascinantes, aunque, insignificantes en el análisis final. Por el contrario, estos conflictos que se presentan en casi todas las guerras civiles acerca de las cuales he leído, son parte esencial del proceso de la violencia de la guerra civil y apuntan a su elemento crucial, que rara vez se percibe y muchos menos es objeto de análisis: su carácter conjunto.

Son cinco las razones que sustentan el surgimiento de la producción conjunta de la violencia. Primero, y como anoté, por lo general la violencia indiscriminada es contraproducente en las guerras civiles. A diferencia de la represión de Estado, la guerra civil es un proceso bilateral en el cual el abuso de la violencia puede motivar a los civiles preocupados por su supervivencia a cambiar de bando. Segundo, la violencia efectiva (es decir, selectiva) exige control. Con todo y en términos generales, las organizaciones políticas (en particular las insurgentes) carecen de recursos, como burocracias permanentes, para ejercer el tipo de control regular directo que, se supone, los Estados modernos deben ejercer. En consecuencia, esas organizaciones

logran el control de manera indirecta, confiando en agentes locales. Tercero, mientras con frecuencia los recursos para establecer y mantener el control son limitados, en las guerras civiles los requerimientos de control son mucho más exigentes que en tiempos de paz. Estos requerimientos varían desde la recolección de impuestos hasta el control continuo y cabal de cualquier movimiento e intercambio, aún (o especialmente) en localidades pequeñas y marginales que, tradicionalmente, han permanecido fuera del alcance del Estado. Cuarto, la distribución de la información entre las organizaciones y las poblaciones locales es asimétrica. Los actores políticos requieren información

que les permita usar la violencia de manera eficiente para obligar a los individuos a obedecer en un entorno dominado por la incertidumbre. Si bien resulta fácil detectar los blancos iniciales de la violencia (por lo general, la información sobre un informante conocido, un miembro de la fuerza pública, un alcalde, o un activista político es de dominio público), resulta mucho más difícil identificar posteriormente a los desertores (o desertores potenciales), una vez los más sospechosos han sido asesinados o han huido. Esta identificación la requieren las organizaciones que buscan lograr la obediencia de la población por dos razones: en primer lugar, la violencia cuyos objetivos están bien definidos hace creíble a las amenazas; en segundo lugar, el control constante permite la presencia de violencia en extremo eficiente. No obstante, seguirle la pista a las personas y prever su comportamiento diario sólo es posible cuando los colaboracionistas locales brindan información al respecto. Si bien es posible depender de pistas, espías e informantes pagados, o utilizar la tortura, no existe substituto para el tipo

de información obtenida de manera regular y voluntaria de veintenas de simpatizantes locales. Por último, debido a que las organizaciones dependen en gran medida de sus agentes locales para la ejecución de tareas de todo tipo, además de la recolección de información, generalmente se abstienen de llevar a cabo acciones violentas contra los civiles locales sin antes contar con el consentimiento de estos agentes. En otras palabras, a menudo los agentes locales ejercen poder de voto sobre la violencia.

La producción conjunta de la violencia requiere de instituciones. Los grados de institucionalización pueden variar, mientras, por razones obvias, las instituciones a través de las cuales se toman decisiones sobre el uso de la violencia no son muy visibles y, por consiguiente, su estudio resulta difícil de abordar; de igual manera, pueden ser muy informales: como cuando los individuos hacen denuncias no solicitadas a las organizaciones políticas. No obstante, aún actos aparentemente sencillos, como una denuncia, exigen instituciones bastante complejas encargadas de manejar las solicitudes de denuncia, las garantías creíbles de anonimato, la evaluación de la información etc. De hecho y debido a los diversos problemas que surgen en la relación gobernante-agente, con frecuencia la producción conjunta es bastante formalizada.

Por una parte, los individuos exigen la protección de su anonimato; no obstante, la visibilidad prevalece en los núcleos sociales pequeños, donde ocurre una estrecha interacción entre las personas: casi siempre es posible adivinar quién causa daño a una persona. Por la otra, las organizaciones políticas exigen información confiable como condición de su eficacia. Aún así, los individuos tienen a su alcance un incentivo que les permite convertir a un

enemigo personal en una amenaza política y, por consiguiente, utilizar a una organización política para ajustar sus cuentas personales. Existe un método de uso común para garantizar cierto grado de confiabilidad: confiar en los agentes locales que tienen la capacidad para separar y ordenar la información que les suministran las personas conocidas. Pero, ¿cómo puede una organización confiar en la información que le suministran sus agentes locales? Una forma de hacerlo es mediante la creación de comités mixtos de colaboradores locales y de representantes de la organización con la tarea de analizar y filtrar la información –y de hacer colectivamente responsables de la decisión a los miembros locales del comité. Los actores políticos también recurren al uso de perfiles: es mucho más probable que un alcalde que ha sido denunciado ante los insurgentes como colaborador del ejército sea, en realidad, un colaborador que un campesino cualquiera al azar. Lo más importante, los actores políticos juzgan la exactitud de las denuncias mediante el análisis de su contexto circundante. Dado que la deserción ocurre con mayor probabilidad en aquellas zonas accesibles a la organización adversaria, es probable que las denuncias sean más precisas en ese sitio, si se comparan con áreas inaccesibles a los contrarios. Por último, la violencia creíble (y, por tanto, disuasiva) no necesita ser selectiva todo el tiempo; más bien, *parecer* ser selectiva. La presencia de un aparato deliberante y selectivo ofrece un indicador creíble de selectividad en un entorno en donde, a menudo, resulta tarea difícil comprobar la “culpa” real.

La denuncia no sólo brinda beneficios; también conlleva riesgos considerables. Los individuos que están dispuestos a denunciar a sus vecinos lo harán casi siempre únicamente cuando los

beneficios de esta acción superen el costo que ella implica. Debido a la enorme dificultad que comporta su análisis, hasta los antropólogos y los historiadores han pasado por alto los cálculos de los denunciantes (potenciales), componente esencial del proceso de violencia. El principal costo de la denuncia es el riesgo de los castigos futuros que confronta el denunciante. En las sociedades rurales, donde la visibilidad es alta y donde es posible rastrear las denuncias, con relativa facilidad, hasta sus orígenes (dado que los conflictos locales son de conocimiento público), las sanciones adoptan la forma de retaliación contra el denunciante por parte de los parientes de la víctima. Como lo expresara un miliciano de Argelia, “Me pueden matar, pero si matan a uno de mis parientes, yo mataré a todas sus familias; este es el único idioma que los terroristas [es decir, los rebeldes] entienden” citado en Amnesty International⁶¹. No obstante, la venganza casi nunca es inmediata o directa. Por lo general, los parientes de la víctima (u otras partes interesadas) llevan a cabo su venganza ‘a través’ del actor político (de la misma manera que el denunciante original asesina ‘a través’ de un ejército). Lo anterior exige que tal actor esté disponible para ejecutar tal acción. En otras palabras, los parientes de la víctima deben poder acceder al actor político rival

para lograr llevar a cabo la venganza (y este actor debe estar dispuesto a usar la violencia).

Un modelo elemental de violencia en medio de la guerra civil

Como lo he mencionado antes, la deserción exige tener acceso a la

⁶¹ Amnesty International. *Algeria: Civilian population caught in a spiral of violence*. Report MDE, 1997. Pág. 18.

organización adversaria. Es mucho más probable que la deserción ocurra en un contexto de soberanía fragmentada. Para expresarlo de otra forma, la deserción (y, de ahí, el uso de la violencia por parte de los actores políticos) es fuerte donde la soberanía de esos actores es débil. Los actores políticos no desean usar la violencia cuando no es necesario hacerlo. En particular, desean evitar el uso de la violencia indiscriminada (es decir, asesinar a la gente equivocada), porque es probable que este tipo de violencia genere mayor deserción, en vez de servir como agente de disuasión. La información sobre los desertores es confidencial y llega a las organizaciones mediante la denuncia. Si no hay denuncias, o si éstas son falsas, no habrá violencia en equilibrio, ya que la violencia será contraproducente. Las organizaciones comprueban la verdad de una denuncia de manera indirecta utilizando un substituto: el estimativo que hacen de la posibilidad de deserción. Dado que en aquellos lugares donde una organización ejerce fuerte control la deserción es poco probable, también es probable que la mayoría de las denuncias que se hagan en esos lugares sean falsas. En otras palabras, si la probabilidad de la deserción es baja, entonces todas las denuncias serán falsas. Por el contrario, en aquellos lugares donde el control es débil y el enemigo está cerca, la deserción es mucho más probable, de ahí que sea posible que la mayoría de las denuncias que se hagan en ese sitio sean ciertas.

Analicemos ahora los cálculos de los denunciantes (potenciales). La venganza es más probable donde el control es débil. En estos lugares, los parientes de la víctima tienen la opción de la venganza: pueden depender de la organización

rival para ejercer el derecho a la retribución. Como el costo esperado de

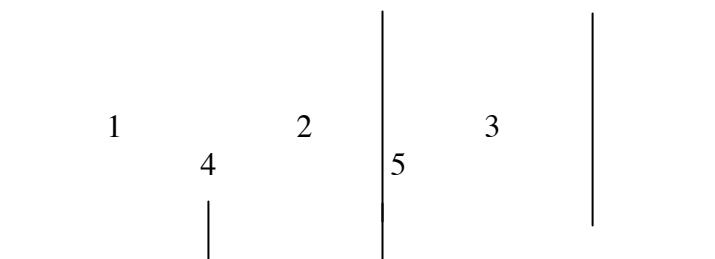
la denuncia disminuye con la fortaleza de la organización, las denuncias ocurrirán donde el grado de control supere algún valor umbral. Por encima del valor umbral no habrá denuncia alguna, por consiguiente, tampoco habrá violencia alguna, ya que ésta sería indiscriminada en ausencia de denuncias. Dado que la venganza no es posible en zonas donde existe un alto grado de control, la denuncia es muy probable. Para expresarlo de otra forma, la probabilidad de la denuncia aumenta con el control. Con todo, sabemos que la probabilidad de deserción disminuye en presencia del control, de ahí que la confiabilidad de la denuncia también disminuya. En otras palabras, los individuos tienen mayores incentivos para denunciar cuando son escasos los desertores en la zona (o no hay ninguno), es decir, donde sus denuncias demostrarán la tendencia a ser falsas. Para resumir este argumento: lo menos probable será que los actores políticos usen la violencia donde más la necesitan (donde el control que ejercen es demasiado débil) debido a que, en estas zonas, los individuos enfrentan fuertes incentivos de disuasión para hacer denuncias. La lógica subyacente de este argumento es la disuasión mutua: la capacidad de retaliación de sus víctimas potenciales disuade a los denunciantes. De igual manera, los individuos no lograrán deshacerse de sus enemigos personales en los lugares donde hagan un mayor número de denuncias. En las zonas donde se hacen denuncias masivas (donde el control es muy alto) la violencia será mínima debido a que los actores políticos tienen escaso uso para la violencia.

La comprobación de estas proyecciones exige una operacionalización más sutil del ámbito geográfico. En lugar de tres zonas (soberanía, ausencia de soberanía, soberanía fragmentada), podemos distinguir cinco espacios, dividiendo el

área en disputa en tres áreas secundarias. Por una parte, los gobernantes ejercen plena soberanía en algunas áreas (zona 1) y aseguran el control en otros lugares (zona 2). En tanto en la primera zona los gobernantes tienen un monopolio casi absoluto de la violencia, en la segunda tienen que competir con una organización clandestina insurgente, así como con incursiones poco frecuentes por parte de los rebeldes. Por otra parte, los insurgentes conservan el control absoluto en algunos lugares (zona 5) y aseguran el control en una zona aledaña (zona 4). En esta última y aunque detentan el poder, no pueden evitar las incursiones ocasionales del ejército. Por último, existe una zona intermedia (zona 3), que denominaremos “área en disputa”. Con frecuencia a estas áreas se las define como lugares donde el gobierno gobierna de día y los insurgentes de noche. La deserción a las toldas de la organización rival es muy probable en la zona 3 debido a que ambos actores se encuentran presentes e invierten recursos para inducir a la deserción. Así mismo, la deserción es probable en las zonas 2 y 4 (si bien es menos probable en la zona 3) y es menos probable en las zonas 1 y 5). Por consiguiente, existe una altísima probabilidad de que las denuncias en las zonas 1 y 5 sean falsas –aunque serán masivas dado que es seguro denunciar donde sólo existe un soberano. Es probable que las denuncias sean correctas en la zona 3 –y creíbles en las zonas 2 y 4. El modelo vaticina que la cifra de muertos llegará al tope máximo en las zonas 2 (para los gobernantes) y 4 (para los insurgentes) (Figura 1). Es necesario notar que el modelo predice quién será el probable generador de la violencia: los gobernantes en la zona 2 y los insurgentes en la zona 4.

Figura 1

*Control y violencia
(dos organizaciones)*



Gobernantes

Insurgentes

Zonas de control

Zona 1: segura (gobernantes)

Zona 2: relativamente segura (gobernantes)

Zona 3: en disputa

Zona 4: relativamente segura (insurgentes)

Zona 5: segura (insurgentes)

Al subdividir las áreas en disputa en tres categorías secundarias, el modelo saca a la luz dinámicas que habían permanecido ocultas en modelos que no logran integrar dinámicas intracomunitarias⁶². Ahora podemos corregir la hipótesis 3 así:

H3 (corregida): bajo una soberanía fragmentada, es posible que la violencia sea tanto masiva como selectiva en aquellos lugares donde una parte tiene una ventaja sobre la otra, y sea limitada en aquellos lugares donde existe un equilibrio de poder.

Advertencias

⁶² El modelo contiene una interesante implicación: dado que en las áreas en disputa no habrá denuncias en un futuro cercano, si hubiere algún tipo de violencia (probablemente por fuera de la trayectoria de equilibrio) tal vez ésta sería indiscriminada.

La distribución de áreas en zonas diferentes de control es exógena al modelo. Éste aborda la variación de la violencia en presencia de una distribución en zonas de control, distribución que determina una combinación de variables, entre las que se incluyen variables estructurales (como la geografía de un país), el carácter de las operaciones militares, así como el uso de la violencia por parte de los actores políticos. Así mismo, este modelo plantea hipótesis acerca del tamaño relativo antes que absoluto de la violencia, es decir, sí en un área ocurrirá un mayor grado de violencia que en otra, en contraposición al grado exacto de violencia que experimentará. El tamaño real de la violencia es una cuestión empírica posible de abordar combinando el nivel inicial de violencia con el número de situaciones de violencia.

Una suposición importante del modelo es que los individuos hacen estimativos correctos acerca de la zona donde viven. Si alguien vive en un área sometida a fuerte control por parte de los insurgentes (zona 5), esa persona lo sabe. Se trata de una suposición racional desde una perspectiva estática. No es tan racional si se analiza desde una óptima dinámica. Por ejemplo, si alguien vive en la zona 5, en t_1 , esa persona debe suponer que dicha zona permanecerá bajo el control de los insurgentes en t_n . Excepto en etapas avanzadas de la guerra y de la violencia, se trata de una expectativa racional. Los individuos demuestran la tendencia a subestimar la duración de las guerras⁶³, y dependen de información local subestimando, por tanto, la certeza. No obstante, puede suceder que repetidos cambios de control (es decir, áreas que

cambian de zona) generen niveles intolerables de incertidumbre. En presencia de un alto margen de incertidumbre (es decir, la expectativa de que, en cualquier momento, pueden ocurrir cambios de control), sería irracional denunciar a alguien, en alguna parte; o, a la inversa, puede parecer racional denunciar preventivamente el mayor número posible. Si ambos actores políticos incrementan sus amenazas o recurren a la violencia indiscriminada ante la ausencia de denuncias, quizás la población abandonará sus hogares y las zonas de violencia se convertirán en “tierra de nadie” –ocurrencia común en muchas guerras civiles prolongadas. Una suposición asociada es aquella que plantea que el pasado no importa, es decir, tanto los individuos como los actores políticos actúan de la misma forma después de varios cambios de control. Sin embargo, la victimización reciente puede producir un comportamiento movido por las emociones que desprecia los riesgos. Alguien dispuesto a tomar venganza bien puede asumir riesgos excesivos, poco razonables (y, de ahí la denuncia en la zona 3). El aumento de la incertidumbre (y, por tanto comportamiento adverso al riesgo) y el surgimiento de las emociones (y, en consecuencia, comportamiento predispuesto al riesgo) conforme la guerra continúa, pueden neutralizar el uno al otro.

Con miras a predecir umbrales de tolerancia de la incertidumbre, y también con el ánimo de descartar riesgos, estas suposiciones se pueden modificar en futuras especificaciones del modelo. La variable clave es el número de iteraciones de las “rondas de violencia”, definidas como cambios en el control (que, a su vez, define cuán “avanzada” está una guerra civil”. Mediante el perfeccionamiento o la

⁶³ Por ejemplo, “Nadie, ni el Norte ni el Sur, previó la duración o devastación de la Guerra Civil de Estados Unidos” Fellman. Opus cit. Pág. 23.

ampliación del modelo y la modificación de algunas de sus suposiciones se pueden plantear interrogantes y proponer hipótesis que nunca habrían surgido en primer lugar. Según sus actuales especificaciones, el modelo podría aplicarse a todos los tipos de guerras civiles. Es apenas obvio que no todas las guerras civiles son iguales, no obstante, de la teoría empíricamente comprobable deberían surgir tipologías, y no lo contrario. Lo que es más, este modelo nos permite pensar en las tipologías existentes desde una perspectiva más novedosa.

Ejemplificaciones empíricas

A continuación, planteo algunas ejemplificaciones empíricas que sugieren que las anteriores hipótesis son admisibles, al menos. Estos ejemplos provienen de casos conocidos, mencionados en diversas fuentes, sobre numerosas guerras civiles.

Hipótesis 1 (Zona 1 & Zona 5)

Es amplia la evidencia en el sentido de que los actores políticos no aplican la violencia masiva en las áreas donde ejercen fuerte control ver, por ejemplo, Wickham-Crowly⁶⁴. A manera de ejemplo, los rebeldes islámicos de Argelia usaron un mínimo de violencia en las áreas bajo su control –hasta cuando el ejército desafió dicho control⁶⁵. A la inversa, existen muchas pruebas de que tanto los gobernantes como los insurgentes recurren a la violencia indiscriminada en los lugares donde ninguno de los dos detenta control alguno⁶⁶.

Hipótesis 2 (Zona 2 & Zona 4)

⁶⁴ Wickham-Crowley, Timothy P. *Exploring revolution: Essays on Latin American insurgency and revolutionary theory*. Armonk. NY: M. E. Sharpe, 1991. Págs. 50-51

⁶⁵ Kalyvas. Opus cit, 1999.

⁶⁶ Carmack, R. Opus cit, 1998a.

Donde los gobernantes son más fuertes que los insurgentes pero estos últimos todavía tienen acceso a la población, debemos observar un alto grado de violencia de los gobernantes. Tal parece ser el patrón de la violencia ejercida por los japoneses en los países que ocuparon durante la Segunda Guerra Mundial. Thaxton⁶⁷ anota que, como norma, las tasas más elevadas de muertes causadas por los japoneses se encontraron en las áreas aledañas a las ciudades capitales, y no en los pueblos provinciales de las zonas más remotas.

Hipótesis 3 (corregida) (Zona 3)

Se trata de la hipótesis más interesante en el sentido de que podría esperarse que las áreas más arduamente disputadas serían también las más violentas. Sin embargo, hay evidencia de que no es así. Analicemos las siguientes observaciones sobre la aldea vietnamita de Binh Nghia, que se hallaba en situación de disputa y, donde, entre 1965 y 1967, un destacamento de soldados de la Marina de Estados Unidos y un grupo de milicianos de Vietnam del Sur ejercían el control durante el día, en tanto el Vietcong lo hacía de noche. Aunque los soldados del Vietcong no se atrevían a hacer visitas frecuentes a sus hogares localizados en la aldea, West⁶⁸, comenta,

Sus familias eran inmunes a la violencia. Los parientes y los hijos de los soldados de ambos bandos se encontraban en la misma situación de

⁶⁷ Thaxton, Ralph A. *Salt of the earth: The political origins of peasant protest and communist revolution in China*. Berkeley: University of California Press, 1997.

⁶⁸ West, F. J., Jr. *The village*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1985. Págs. 219-220.

vulnerabilidad frente a las represalias, de manera que ningún hombre se atrevía a atacar a la familia de otro, por temor a que su propia familia sufriera lo mismo diez veces más... Las milicias del Frente Popular y el Vietcong tenían ciertas reglas con respecto a su guerra, entendimientos que se cumplían a cabalidad porque eran de beneficio mutuo, y sólo en la medida en que lo fueran. Lo que con frecuencia se ha dado en llamar compromiso o conformidad, a veces no ha sido otra cosa que un precario equilibrio del poder, percibido como tal por ambos bandos. Disuasión es un término preferible a compromiso para definir una situación en la cual ninguna de las partes está dispuesta a asumir ciertos actos en tanto la otra parte conserve la capacidad de vengarse en la misma forma... La etapa última en la intensificación de la guerra –el asesinato o carnicería sistemática de las familias de los soldados del Frente Popular– era improbable que sucediera en Binh Nghia, debido a que

las familias de los soldados del Vietcong actuaban como rehenes. Suong (el líder de los milicianos) había declarado que mataría a diez de los hijos de las familias del Vietcong por cada miembro de una familia del Frente Popular que fuera asesinado. La vulnerabilidad a la retaliación fija límites a las acciones que el Frente Popular o el Vietcong estaban dispuestos a emprender en su lucha por el control de Binh Nghia.

Como consecuencia, los civiles no fueron objeto de persecución en Binh Nghia. “Por lo general, los que murieron fueron los combatientes de ambos bandos, no los aldeanos” West⁶⁹. En últimas, la presión desde abajo obliga a los actores políticos a dejar hasta de solicitar denuncias en las áreas en conflicto.

Un proyecto de investigación

Los ejemplos que presentamos antes llegan a demostrar que las hipótesis que se derivan del modelo son admisibles, al menos. No obstante, es imposible efectuar una prueba rigurosa con base en la evidencia de que disponemos, que es fragmentaria y anecdótica. En realidad, el problema fundamental en el estudio de la violencia de la guerra civil es la escasez de información sistemática y exhaustiva, situación que tiene su origen en la dificultad que implica la recolección de este tipo de información. Como lo señalé

⁶⁹ West, F. J., Jr. Opus cit.. Pág. 187.

anteriormente, la violencia constituye un recurso político vital en el desarrollo de las guerras civiles. Las partes en conflicto tienen intereses creados en reducir a su mínima expresión las atrocidades que cada una de ellas ha cometido o comete) y en aumentar al máximo las atrocidades que comete el adversario; las guerras civiles demuestran la tendencia a ser procesos descentralizados que a menudo ocurren en áreas remotas de los países pobres, donde no se dispone de medios de comunicación suficientes, ni siquiera en tiempos de paz. La consecuencia de esta situación es que una proporción importante de la violencia permanece invisible; por último, en las sociedades rurales en las que es común que se desarrollen las guerras civiles, no existen instituciones encargadas del mantenimiento de registros, ni siquiera en tiempos de paz. Las dificultades que enfrenta la investigación sistemática se ven reforzadas por una serie de factores adicionales, una vez terminada la guerra. Estos factores varían desde la renuencia de quienes resultan victoriosos en la contienda a permitir una investigación de la violencia de la que puedan ser responsables, hasta la escasa disposición de los actores sociales y políticos de ambas partes a despertar recuerdos dolorosos y potencialmente peligrosos⁷⁰.

En primer lugar, rara vez la recolección de la información se hace a cabalidad. Además, soporta el muestreo en la variable dependiente – concentrándose en los lugares y acontecimientos más violentos, pasando por alto los menos violentos. Se presenta una fijación particular en las masacres –aun cuando, en el análisis final, las masacres resulten ser tan solo una parte mínima de la violencia

⁷⁰ Aguilar Fernández, Paloma. *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.

global como es el caso de Argelia⁷¹. En segundo lugar y, como norma, la información sobre la violencia se aparta de su contexto y está desligada de los hechos cruciales que la anteceden y la siguen. Por ejemplo, por lo general no se da información acerca de secuencias de violencia de bajo nivel que pueda haber precedido a una gran masacre. Casi nunca se registra la información sobre niveles de control. Por último, no siempre las organizaciones humanitarias están libres de ser parciales o tendenciosas⁷², factor que afecta la confiabilidad en los datos que obtienen. Los informes etnográficos, tanto de contexto como de visión (por ejemplo, Geffray⁷³), adolecen de problemas de muestreo y no son lo suficientemente sistemáticos para permitir la comprobación rigurosa de hipótesis formuladas desde un punto de vista teórico. Aparte de una labor sistemática e integral de recolección de información en el ámbito internacional, la escasez de información disponible exige soluciones creativas.

Estudios con base en un proyecto de investigación comparativo a nivel micro podrían ser la solución a este tipo de problemas. Avanzar en sentido descendente a lo largo de los “peldaños de la totalidad”, y utilizar la aldea como una unidad de análisis en el contexto regional, brinda múltiples ventajas.

Primeramente, permite la recolección de información sistemática: teniendo en cuenta que, casi nunca se dispone de datos de base individual sobre la violencia, se podría crear de la nada una base de datos, a partir de fuentes locales, orales y escritas. Es posible

⁷¹ Kalyvas, S. Opus cit, 1999.

⁷² Prunier, Gérard. *The rwandan crisis: History of genocide*. New York: Columbia University Press., 1995.

⁷³ Geffray, Christian. *La cause des armes au Mozambique Anthropologie d'une guerre civile*. París: Karthala, 1990.

codificar cada caso único de homicidio violento (o aún otras formas de violencia), y se pueden recoger suficientes observaciones que permitan un análisis cuantitativo. La operacionalización de otras variables, como los grados de control, también es posible en esta escala, tanto por medio de entrevistas como del estudio de archivos (militares en gran parte). Así mismo, el estudio de toda una región y la concentración en todos los casos de violencia en todas las localidades de esa región, permite la introducción de una serie de controles sociológicos y culturales. Segundo, este proyecto de investigación ofrece una comprensión de contexto de la violencia. A la violencia la rodea su contexto político, social, cultural e institucional y se sitúa en una secuencia de hechos; todas estas observaciones vienen acompañadas de su propia historia. Tercero, estudiar las regiones administrativas (distritos, regiones, provincias, etc.), aborda la cuestión de los sesgos de selección, dado que las fronteras administrativas preceden a la guerra civil.

Para terminar, la investigación empírica que se plantea con base en un proyecto de investigación teóricamente bien fundado, no solamente es útil para confirmar, o invalidar, hipótesis, sino que también puede ser en extremo útil en lo que concierne al análisis de los actores aislados. Una cuestión de particular pertinencia en términos de política es cómo ciertos lugares logran permanecer inmunes a la violencia en medio de un entorno de violencia generalizada. Al identificar los lugares que logran evitar la violencia ‘endógenamente’, es decir a *pesar de que* se encuentran localizados en zonas de violencia (en oposición a lugares que evitan la violencia ‘exógenamente’, es decir, en razón de las ventajas estructurales o “paramétricas” a su alcance), este proyecto de

investigación permite una significativa identificación de rasgos y capacidades beneficiosos peculiares. Lo mismo puede decirse de los actores aislados, como las aldeas que son violentas a pesar de encontrarse situadas en zonas donde no hay violencia.

En resumen, se trata de una estrategia de investigación en la cual el aspecto etnográfico y la amplitud empírica no surgen a expensas de la investigación sistemática y de gran escala; el razonamiento abstracto y deductivo enfrenta el ámbito de los individuos de carne y hueso; y el análisis sistemático se combina con datos de amplio contexto y secuencia. No es fácil llevar a cabo esta investigación: exige aptitudes interdisciplinarias y la posibilidad de acceso a diversas fuentes, desde archivos hasta sobrevivientes. No obstante, después de culminar recientemente una serie de estudios sobre la guerra Civil de Grecia (1943-1949), puedo dar fe de su viabilidad. Una vez se cuente con algunos estudios regionales caracterizados por su rigor, se podrá, entonces, llevar a cabo estudios teóricamente bien fundados sobre la diversificación de la violencia en la guerra civil a lo largo de la nación.

Conclusión

El presente ensayo sugiere que la violencia de la guerra civil no tiene ninguna similitud con el “estado de la naturaleza”, según Hobbes, de devastación y caos aleatorio y generalizado de todos contra todos que, en ocasiones, imaginamos (y, tal vez, podemos observar de manera superficial). Un número significativo de personas y de comunidades escapa a la violencia en que se sumen los lugares circundantes; la violencia frontal no es un fenómeno generalizado: muy pocos individuos realizan los asesinatos reales; no obstante, es mucho mayor el

número de personas que ofrecen información y colaboración conducente a la violencia, a menudo por razones no relacionadas con el conflicto. De ahí que la violencia no sea un proceso caprichoso, sino un proceso regulado en extremo, que se desarrolla en forma secuencial, consecutiva. Surgen nuevas instituciones informales y formales para regular la violencia: con frecuencia estas instituciones moldean las denuncias y las ejecuciones. La conformación de estas instituciones también puede afectar el grado y apariencia de la violencia. No necesariamente la violencia en las guerras civiles presupone los procesos de “deshumanización del otro” que por lo general se esperan (por lo menos no en un principio); a menudo, el hecho de denunciar al vecino lo motiva la clase de enemistades mezquinas que constituyen la construcción de la vida diaria y que, en condiciones normales, no conducen a la violencia homicida. Los procesos de deshumanización son lentos en su desarrollo y parecen surgir únicamente después de varias iteraciones.

Entender la violencia de las guerras civil exige una teoría que debe dar origen a hipótesis capaces de explicar la variación de la violencia a través del espacio, del tiempo y de sus actores. Estas hipótesis deben fluir del mismo núcleo de suposiciones, deben ser consistentes entre sí y deben ser objeto de rigurosa comprobación. El proyecto de investigación comparativa a nivel micro que presentamos en este ensayo brinda el mejor punto de partida posible para emprender un examen exhaustivo de un fenómeno desconcertante, al que no se le ha prestado la atención que merece. Un fenómeno que, infortunadamente, es y continua siendo de capital importancia en la experiencia humana.